

DISCURSO DE RESPUESTA DE

Don Luis Jaime Cisneros

No siempre la obra literaria resultó para los teóricos del conocimiento materia desdeñable o ignorada. En los textos de Hölderling y en su afirmación de que el “campo de acción de la poesía es la palabra” buscaron inspiración las reflexiones de Heidegger sobre la esencia de la poesía. En los de Borges, las meditaciones con que Miguel de Foucault ha enriquecido nuestro saber sobre las palabras y las cosas. En los del propio Cervantes encontró Ortega alguna vez buena razón para la especulación filosófica. Acaba de proponérsenos otra vez como pretexto para la reflexión. En la historia tres veces centenaria del QUIJOTE se anuncia la imagen de un mundo prefigurador de la duda cartesiana y se nos ofrece de vez en cuando tímidos anuncios de que se acerca la hora decisiva de la razón. He ahí una perspectiva más desde la que observamos a este libro de lengua inteligente.

Dudosos y suspensos estaban los jueces, según las forasteros que fueron en consulta a Sancho. La perplejidad los visitaba. No tenían experiencia en qué poder fundar una plausible interpretación, porque el rigor de su oficio, “pegado a la tierra”, oscurecía de veras la luz del entendimiento. Veían

todos ellos una ley en el modo de utilizar las palabras, y —como era natural— al intentar aplicar esta ley de modo consistente, “se enfrentan con casos que conducen a resultados paradójicos”. Los hechos actuaban como estupefacientes y ellos estaban, en verdad, estupefactos. La perplejidad era la sola perspectiva. Wittgenstein ha analizado esmeradamente estos problemas. En la paradoja de la puente hay, pues, una inicial perplejidad motivadora. Miró Quesada señala la importancia ética de la respuesta de Sancho. Yo quiero poner de relieve tan sólo algunos rasgos de esta actitud de Sancho, desde el punto de vista de lo que en él implica “reaccionar ante un determinado enunciado”. El lenguaje promueve de algún modo una singular conducta en el gobernador de la ínsula y es ésta el mejor síntoma de “su” comprensión del texto. A una reacción tautológica (que es en realidad lo que buscaban sin saberlo sus interlocutores), Sancho prefiere una hipótesis. No ofrece un *criterio* como explicación, pues el propio Sancho no lo tiene. Pero ofrece, en cambio, síntomas muy claros de su ingenio. Si la consulta de los jueces anuncia que la incomprensión del enunciado (o la ofuscación, que para el caso da lo mismo) derivaba de la falta de una enseñanza previa (de una experiencia singular), los hechos prueban que Cervantes había situado sagazmente todo en su época. La enseñanza iniciaba en el camino de la experiencia y proporcionaba así una buena razón para actuar. El actuar de un modo determinado era síntoma de haber comprendido el enunciado de la ley. No comprendían los jueces el texto porque no había enseñanza anterior (vida vivida anteriormente que hubiera proporcionado el modelo para actuar). Lo advierte claramente Sancho desde el instante en que se hace repetir la situación; y puesto que comprende que su actitud no podrá mostrar su causa, resuelve moverse en el plano de las motivaciones. La respuesta del gobernador no exhibe su causa sino que ofrece el motivo de su actitud. Es cla-

ro para él que la duda no permite avanzar, pero es que no se advierte por entonces (y menos Sancho) que la duda es el principio del camino crítico. Sancho comprende a su modo, pero su comprensión no se deriva de la gramática de las palabras —que ha causado la perplejidad de sus interlocutores. Ellos han venido a verle en tanto que hombre “entendido” en cosas del buen gobierno de los hombres. Al entendimiento de Sancho apela la consulta. Piden su “atención” porque el caso que quieren exponer es “de importancia y algo dificultoso”. Antes de hacer frente a los hechos mismos, tiene Sancho una nebulosa perspectiva teórica, surgida del mundo de las palabras. Pero guerra avisada no mata gente. Sabedor de esa dificultad que anida en la superficie de la comunicación que se avecina, Sancho ha de concentrar su atención en la simplicidad de los hechos mismos. No se deja embaucar por esas “otras cosas” que parecen ser las palabras de la ley; atiende a *las cosas mismas*. Gobierna para muchos, y para todos ellos el caso es de importancia y dificultoso. Para ese consenso unánime Sancho debe hallar una salida (no una solución, pues no se hace cargo él del problema en cuanto tal). Ante la comunidad debe mostrar Sancho sus dotes de buen gobierno, es decir, su ingenio, el entendimiento que han venido a solicitarle por gracia de su renombre y de su función. Por eso no vacila, no duda, hablando rigurosamente. En un dos por tres necesita romper el asombro y la perplejidad de los jueces, en un dos por tres necesita ayudar a la justicia. No puede detenerse la justicia. Una ofuscación no es compatible con el gobierno, quizá porque ya comienza a advertir en su hermosa simplicidad que una ofuscación es incompatible con el ejercicio del poder. Sabe que la situación es difícil, y la repetición de los hechos le depara ciertamente esa certeza. Y es entonces cuando reemplaza el método de la interpretación por el de la demostración, que apela gráficamente a los sentidos. A una difi-

cultad que anida en las palabras, Sancho propone —como inicio de la ruta crítica— una grosera y abultada situación que hiere el sentido común. Por eso insinúa una situación casi salomónica, inaceptable a los ojos no sólo de sus jueces letrados sino de la compadecida comunidad de campesinos que gobierna. Pero es que sobre el rechazo natural que esa “muestra” de solución provoca, Sancho ya tiene preparada “su” solución feliz, aunque no sea esa la solución de la paradoja planteada. No ve claro en la estructura superficial del enunciado, pero advierte en su reflexión la extraordinaria complejidad de su estructura profunda. Mientras los jueces se pierden en las palabras él sabe que los contenidos son ambiguos por desconcertantes. Conoce Sancho, porque no en vano se lo ha venido repitiendo don Quijote, que el lenguaje ordinario es engorroso y nos despista, y por eso prefiere la verdad monda, sin las interpretaciones que miran a la apariencia y no llegan a calar en la médula. Su reacción es la de un hablante que reacciona desde el sentido común; no es, por cierto, un filósofo del sentido común. Para él no había manera de “aplicar” el enunciado, sencillamente porque no había explicación del mismo, en tanto que faltaba un significado claro, conciliable con su lógica. Pero su ingenio (ese gran legislador que llaman vulgo) lo salva. ¿Se empeñan los jueces en una definición verbal, y no advierten que en este vano empeño no sólo va comprometida la verdad sino que de paso puede ser arrastrada la justicia? Pues a una definición verbal, él ha de preferir lo que los filósofos proponen como una definición ostensiva del significado; por eso se refugia en su experiencia de hombre sencillo, ahito de proverbios, que constituyen el acervo de una experiencia comunal, que él debe recoger e interpretar puesto que es el gobierno. Y en este sentido, Sancho procede mediante un distinto sistema de reglas, suscitando un ejemplo, que al tiempo que le permite “aplicar” el enunciado le ofrece la oportunidad de

simular una situación, que preparará los ánimos para que la respuesta definitiva encuentre ya terreno abonado para la acogida feliz. Esa es su regla del juego. La vida del “signo” es su uso, proclaman los lingüistas. El “signo” que utilizará Sancho, para hacer operativa la situación, es el ejemplo. Como si Sancho ya supiera, antes de Descartes, que el “uso” no es un objeto que coexiste con el signo. No ignora, con ello, que el uso ordinario del lenguaje no se adapta a patrones de exactitud, ni responde a un cálculo sujeto a reglas exactas. Su actitud final aclara el texto para jueces y forasteros, en tanto que lo que en verdad ha conseguido es hallar el elemento común a todas sus aplicaciones, o sea, dar el antecedente que faltaba, la experiencia, el hecho histórico en que se apoyarán futuros jueces para eludir la paradoja, como modo engañoso de solución (aparente, no real).

Yo quiero mostrar la responsabilidad de Cervantes ante estos hechos. No extraña que estos sean los impulsos de Sancho. Hay un libro decisivo para la cultura española de la época, un libro de Huarte de San Juan, no suficientemente valorado por la crítica literaria, aunque ya hombre tan agudo como Chomsky ha advertido en él luminosas anticipaciones de Descartes. En un capítulo de su *Examen de ingenios*, explica Huarte que la teoría de las leyes pertenece a la memoria, “y el abogar y juzgar, que es su práctica, al entendimiento, y el gobernar una república a la imaginativa”. Para que juzgue sobre los hechos, apelan los forasteros al entendimiento de Sancho. Pero Sancho actúa frente a todos como gobernador. Huarte explica la fuerza que tiene la experiencia sobre la razón, y éstas sobre la autoridad, en un pasaje que conviene traer a colación:

“la verdadera interpretación de las leyes, el ampliarlas, el restringirlas y componerlas, con sus opuestos y contrarios, se hace distinguiendo, infiriendo, racionando, juzgando y eligiendo. Las

cuales obras hemos dicho muchas veces atras que son del entendimiento, y el letrado que tuviera mucha memoria, es imposible poderlas hacer... Y si el letrado tiene todo el arte en la memoria y le falta el entendimiento y la imaginativa, no tiene más habilidad para juzgar y abogar que el mismo código...”

* * *

Era natural, después de todo, que un impasse producido por el significado alarmase a los contemporáneos y contertulios de Sancho. La gran preocupación del usuario de la lengua está relacionada con el mundo de la significación. Hablar con propiedad es para muchos profanos acertar con el significado exacto de las palabras, y no hay frecuentador del diccionario que no lo crea a ojos cegarritas. Esa creencia linda a veces con la majadería. La significación convoca también la meditación de los especialistas, llámense estos sociólogos o lingüistas, sicólogos o lógicos, matemáticos o siquiátras. El lenguaje infantil, hasta ayer condenado solamente a ilustrar algunos pasajes de las reflexiones pedagógicas, resulta hoy esclarecedor para estudiar los mecanismos de la significación. Nuevos horizontes va abriendo la patología del lenguaje. Las exigencias del mundo contemporáneo en relación con los instrumentos de la comunicación masiva nos han enfrentado a otras dimensiones del problema. La vana aspiración mecánica de las máquinas traductoras nos brinda, con todo, experiencias desconocidas sobre el significado de las palabras de los hombres. El *significado* continúa dividiendo hoy a dos mundos en esta nueva estrategia de la disuasión de que habla Beaufré. Las significaciones nos unen, nos distancian, nos enfrentan. Buena razón para los forasteros y para Sancho. Hermosa razón para la lección que acabamos de escuchar a Francisco Miró Quesada. Toda la comunicación humana está centrada en el asunto del significado. Y puesto que la

comunicación es fruto de la tendencia nuestra a vivir en comunidad, es claro para todos que “la significación” que se busca transmitir debe estar estrechamente vinculada con el pensamiento y la palabra. Para todo el que se plantee el tema como espectador y protagonista de los hechos, comunicarse es usar este instrumento del lenguaje como testimonio de la relación entre la mente y las palabras. ¿De qué tipo de relación? No interesa al hombre común que “dice” lo suyo confiado en que “eso que dice” es suficiente para la comprensión. En esa adecuación de palabra y pensamiento se mueve el fenómeno de la significación, comprobable en el nivel de las estructuras profundas, y no siempre proclamado en la evidente estructura superficial con que el lenguaje hace su aparición y afirma su vigencia transitoria. De ahí la pregunta capital que nos acosa: ¿decimos con el lenguaje nuestras “significaciones”; significamos con las palabras lo que ellas dicen? Fecundo terreno para la discusión científica. Sino que ahora no podemos hacer como Sancho, y desentendernos del asunto. La duda es un instrumento del conocimiento; esa es una ventaja nuestra sobre Sancho. Plantearnos el problema es ya comenzar a enfrentarlo. Plantearnos además problemas de lenguaje es un modo de afirmar que estamos a esta altura del siglo. Que el lenguaje es la medida del hombre es revelación de nuestra época, derivada presumiblemente del hecho de que este siglo ha hecho del hombre la medida de todas las cosas. Pero no lo proclamo para postular un orgullo suicida de filólogo o de lingüista. Esta afirmación no sería ciertamente tan rotunda si no la hubiera hecho posible el constante esfuerzo conjunto de antropólogos y psicólogos, de filósofos y matemáticos, de sociólogos y siquiátras, de biólogos e ingenieros electrónicos. Por eso en la meditación contemporánea del lenguaje nos vemos con todos ellos convocados a la discusión, y por eso nuestra nueva terminología revela un maridaje de conceptos

hasta ayer obsoletos destinados a un vergonzante silencio y cargados ahora de vida singular. Hablar de “lenguaje formalizado” no es privativo de los lógicos, como hablar del enunciado y del estilo no es privilegio que puedan reclamar para sí solos los lingüistas. Hablar de proposiciones matemáticas no es para el lingüista moverse en tierra desconocida desde que Frege mostró cómo estaban cargadas de vida estas proposiciones. Y movernos todos en procura de un mejor conocimiento estructural es envidiable condición humana que nos la hicieron posible la teoría de los conjuntos y las variables.

Esta general reflexión que desde campos tan diversos se emprende sobre el lenguaje, justifica que la lingüística esté hoy en el centro de las ciencias sociales. Lo dice con claridad el progreso científico de estos últimos quince años. En el informe que para la monumental empresa de la Unesco preparó hace unos años Roman Jakobson, hay testimonios del eco que alcanzan estas meditaciones en el terreno de la economía, la genética y la biología molecular. La lingüística tiene hoy papel fundamental en la cultura, y ha ofrecido modelos metodológicos para muchas disciplinas. Por algo el lenguaje “se halla en el centro de todos los sistemas semióticos humanos y es el más importante de todos ellos”. Es, como proclamaba Bloomfield, la rama principal de la semiología. Pero la semiología es una de las ciencias de la comunicación social, cuyos niveles ha analizado Levi Strauss. De todos los estudiosos empeñados en aclarar estos problemas, es natural que los teóricos del conocimiento reparen en la obra trascendental de Chomsky. Sus trabajos ilustran de modo fehaciente lo que debe ser la meditación de un lingüista de esta hora del mundo. A las tesis sobre una gramática generativa dedican ahora los especialistas seria meditación. Una psicossistemática del lenguaje, presentida por la escuela francesa hace casi medio siglo pero ignorada por los investigadores no europeos, se mueve en el fondo de estos problemas.

Será necesario, sin embargo, cuando llegue la hora del reposo y haya sedimentado el aura de la novedad, volver a esas fuentes de la psicomecánica lingüística. Porque hay un obstáculo al que hacen frente por el momento las tesis generativistas. Ocurre que todas ellas tratan de incursionar en un terreno que siempre es anterior a aquél en que se definen y manifiestan los sistemas que estudian y reconstruyen. Y en tanto que no se apoyen en una psicología experimental (por lo demás, oscura ella misma en sus actuales perspectivas), sus conquistas parecen estar condenadas a no privarse de un matiz de caducidad. No es visión negativista la que formulo. Cuanto más avancemos en el campo de la psicología del lenguaje; cuanto mejor se iluminen problemas como los de la afasia y la dislexia; cuanto más rápido se estudien los mecanismos psicológicos promovidos por la entrevista siquiátrica; cuanto más perfeccionen los analistas, a la luz de las nuevas posiciones de Lacan, sus métodos, pienso que las asociaciones generativas podrán ser "reveladas" como en un diapositivo, y quedará probada con rigor la luminosa intuición de Chomsky. Cómo se organiza en el individuo lo que debe pensarse de modo que sea formulable a través del lenguaje. Ese constituye el problema central. Un defecto en la formulación ocasionó, hace más de trescientos años, la consulta de los forasteros a Sancho Panza. Una voluntad de esclarecerla acaba de mostrar el penetrante trabajo de Miró Quesada. Estamos en plena trocha. Hay que seguir abatiendo árboles y abriendo nuevos caminos, para levantar la gran ciudad universal en que la ciencia y la verdad tengan su asiento. La Academia de la Lengua es hoy el eventual refugio para el diólogo. Mañana quizá pueda serlo la plaza pública. Entonces comprendemos que, por fin, ha llegado la hora del Perú. Para esa hora de triunfo sólo necesitamos perseverancia y estudio, que constituyen el cauce verdadero de un sereno amor a la patria. Estos son precisamente rasgos sobresalientes de

quien hoy incorpora a su seno la Academia Peruana de la Lengua.

* * *

Prototipo de humanista del siglo XX (filósofo, ensayista, matemático, político, periodista, maestro) Francisco Miró Quesada es figura relevante de mi generación. Generación la nuestra cogida entre dos fuegos, y acicateada por el frenesí de dos ideologías encontradas, tuvo como ninguna otra conciencia clara de la necesidad de optar y tomar posiciones. Miró Quesada optó sin vacilaciones. Generación heredera de un país en el que todavía hay muchas amarras que romper para adquirir la fisonomía presentida por quienes nos propusieron una patria concreta para conquistar supo darle a la preocupación política el necesario molde reflexivo. Miró Quesada hizo un arma del debate ideológico. Generación con una clara voluntad tendida al porvenir, ha tenido en la pedagogía un pretexto provechoso para hacer amorosa la tarea de transmitir el conocimiento. A divulgarlo y crearlo ha dedicado una rica vida de estudio Miró Quesada, desde la cátedra, la tribuna periodística y el libro. A hacerlo viva realidad dedicó también su mejor inquietud como ideólogo político. Generación con decidida vocación de entrega, lista para la tolerancia y la comprensión, en un país donde la arbitrariedad tuvo su imperio, y la incomunicación todavía es una triste realidad, tenía que dar hombres que, como Francisco Miró Quesada, pusieran su talento al servicio de la comunidad. No hubo así experiencia rica de su vida que él no quisiera compartir rápidamente con los otros; su constante inquietud teórica lo llevó a comprender la necesidad de ir canalizando el saber a través de las mejores perspectivas. Un volver a las fuentes es, después de todo, este acercamiento suyo a las ciencias matemáticas en busca del rigor que su lenguaje filosófico y su propia meditación le reclamaban.

La lógica constituyó desde la hora de su iniciación filosófica una inquietud clara en FMQ. Sus cursos sanmarquinos dieron rápido testimonio de esa vocación, y de la claridad con que ella se asentaba pueden hablar los libros tajantes de su hora primera y los apuntes de clase que esmeradamente recogían sus alumnos. La frecuentación de las ciencias exactas fue perfilando indudablemente la orientación definitiva; los principios del conocimiento racional en su manifestación lógico matemática terminaron por constituir su interés mejor. Esa inquietud quizá resume en el nombre de Kurt Gödel su más hondo estímulo. Ya desde 1950 podemos advertir encauzada esta preocupación. La cuestionabilidad de la lógica es el problema central que lo preocupa, con lo que prueba que el mejor signo de los ocupación humana es la filosofía. Sus constantes contribuciones a los Congresos de Filosofía postulan, desde 1951, una constante preocupación por la teoría de la razón. Sobre la crisis de ella ofrece una exposición en el Congreso de México de ese año. Años después, lo asedian explicables preocupaciones epistemológicas, y sobre ellas diserta, en 1957, en el Congreso de Caracas. Acercándose al problema del lenguaje formalizado —que es, como hemos visto, su preocupación actual— lee en el Congreso de Buenos Aires, en 1959, su trabajo sobre LOS JUICIOS SINTETICOS A PRIORI Y LA INTUICION INTELECTUAL, tema que retomará después en el Congreso de Sao Paulo. Y cuando culmina provisionalmente esta etapa postulando una metateoría, y ampliando así la visión circunscrita por Hilbert a las matemáticas, es explicable que el tema del lenguaje formalizado constituya ya su centro de meditación: “El problema del lenguaje —es decir, de la relación entre lenguaje y conocimiento racional en tanto el lenguaje es el instrumento que permite apreciar —a través de la formalización— el contenido de nuestras intuiciones, es la última etapa del proceso de esclarecimiento”. Esclarecer

la relación entre lenguaje e intuición constituye desde entonces una aspiración necesaria. En esa relación piensa Miró Quesada, que debemos descubrir el sentido de esa facultad que él llama *razón*: “Comprender por qué el lenguaje no puede formalizar cabalmente nuestros conocimientos intuitivos es tener un concepto claro de lo que es la razón”. Ya en su libro de 1963, que da forma a estas reflexiones, acoge Miró Quesada, las aportaciones de Schützenberger y de Chomsky, a cuya obra ha dedicado hoy parte fundamental de su disertación académica. No está, pues, Francisco Miró Quesada en casa ajena desde esta noche. Viene a ella por derecho nacido de su contracción y de su talento. Viene con un prestigio ganado en buena lid de inteligencia. Y viene de la mano de Sancho y de la mano de Chomsky, como para anunciar que el hombre contemporáneo, que trabaja por allanar los caminos de la razón y por garantizar con el esfuerzo de la inteligencia el progreso de los pueblos, sabe que ese progreso no tendrá sentido si no nos ayuda en el camino la ejemplar intuición de la gente sencilla, que porque está hecha en la experiencia del dolor y de las fatigas, conoce mejor los caminos secretos de la razón. La Academia Peruana de la Lengua, al recibirlo desde ahora como uno de sus Miembros de Número, sabe que incorpora hoy, con palabras de Cervantes, a un *hombre de chapa* que viene a asegurar con nosotros la tarea general de ayudar a la comprensión de los peruanos.

Cada día nos urge asegurar la comprensión a través de las palabras. El uso nos ha deparado pruebas ciertas de la falacia del lenguaje. Cada día la realidad se las ingenia para que el lenguaje no alcance a describirla ni aprisionarla. La imaginación se nos fatiga diariamente en su empeño por suplir al lenguaje ahí donde su aparente impotencia lo separa de nosotros y oscurece los sentidos. Cada instante es testigo de nuestro empeño por penetrar en los secretos de es-

te raro instrumento que construye mundos infinitos con sólo unos cuantos signos convencionales. Tarea dura y difícil para el hombre común. Improbable tarea para los hombres de ciencia. Esperanza postergada hasta ahora para muchos miles de hermanos nuestros, que no pueden gozarlo todavía para dar testimonio de esta hermandad de la tierra y de la sangre que proclaman nuestras actas fundacionales. Preocuparnos todos por que esté el lenguaje cargado de verdad y de sentido; esmerarnos en que sea una real posesión de quienes compartimos tierra y pan; asegurarnos de que las palabras alcancen a decir realmente nuestra fe y nuestra pasión, nuestro dolor y nuestra alegría, nuestra libertad y nuestro decoro, nuestra seguridad y nuestra fuerza, es ayudar desde la Academia a que la patria alcance pronto la dimensión de nuestros sueños, y a que podamos los peruanos construir el Perú del tamaño de nuestra esperanza.